

Monolíticos □□

Valentín E. Anchaba □□

MONOLITICOS

VALENTIN E. ANCHABA

Capítulo 1

- ¡Ricky, vamos, ya es tarde!
- ¡Enseguida!
- ¡Es la tercera vez que dices eso!

Ricky suspiró. Ante sus pies se hallaban los restos de fósiles de la era precámbrica más pulcros e intactos que el ser humano pudiese haber encontrado. Se vio sumergido en la tarea desde que le enviaron hace dos meses atrás. De momento, y según sus cálculos, intuía que solo había encontrado un diez por ciento de aquel ser petrificado.

Resignándose, se acomodó su sombrero y se dispuso a guardar sus herramientas en el portafolios. El sol estaba escondiéndose en el oeste. La oscuridad envolvía las arenas que rodeaban el recinto de excavación. El frío de la noche comenzaba a colarse entre su camisa. Thomas tenía razón, ya era tarde.

Se ató las botas, se ajustó los pantalones vaqueros y partió hacia el vehículo. El Jeep esperaba con las luces ya encendidas, mientras la aurora se escondía en las lejanas montañas desérticas, despidiéndose con las últimas ráfagas de calor que podía otorgar. Ricky las contempló por unos instantes, junto con el cerco perimetral alrededor de su gigantesco amigo enterrado. Con una mueca se volvió y entró al Jeep.

- ¿Y bien? – preguntó Thomas al volante.
- Por ahora voy bien – contestó.
- Como siempre ... – contestó Anna en el asiento del conductor.

Ella masticaba chicle y hacía globos con el mismo, una mano juguetona se posaba sobre la de Thomas sobre la palanca de cambio. Sus anillos de casados se encontraron en el acto. Al arrancar el motor, dejó un vendaval de arena y tierra tras ellos. Tenían por delante casi cincuenta kilómetros de recorrido que el Jeep haría en una hora, teniendo en cuenta el temporal. Este había cambiado con tal brusquedad que Anna se quedó desconcertada ante lo erradas que se hallaban sus predicciones. Su equipo estaba en el campamento, por lo que al llegar se pondría de inmediato a reestudiar las condiciones climáticas.

- Arenas de mierda – musitó Ricky.

El viento aumentaba con rapidez, no podía ver nada por las ventanas. El sol había desaparecido en el oeste casi en su totalidad. Comenzaba a

sentirse incómodo.

- Pues no haber sido arqueólogo – dijo Anna.

- Era eso o abogacía – confesó.

- Y has elegido bien – dijo Thomas.

Rieron, pero la diversión no duró mucho. El Jeep se tambaleó con súbita fuerza, como si otro coche hubiese chocado con ellos de lado.

- ¿Qué carajo? – dijo Ricky.

- ¿Qué fue eso? – preguntó Anna a Thomas.

- Seguro fue un bache, tranquilos – contestó a secas.

El hombretón de tez morena estaba encogido sobre el volante. Al mismo lo apretaba con tal fuerza que sus nudillos negros estaban casi blancos. Todos se hallaban expectantes. El Jeep sufrió unas leves vibraciones, pero no pasó a mayores. Al cabo de un rato ya se hallaban más tranquilos.

- ¿Ven? ¿Qué les digo? – festejó Thomas – Seguro tu esposa va a asustarse cuando le comentes esto al llegar, Ricky.

- Si es que tengo señal – suspiró aliviado.

Continuaron el recorrido en silencio. El velocímetro indicaba unos treinta kilómetros por hora. Ricky se hallaba agazapado en su asiento, con el cinturón de seguridad puesto. No era una persona nerviosa, pero sentía como si alrededor les estuviese envolviendo algo. El paisaje era horrible, atravesaban un paraje vacío y desolado de existencia. A la vuelta de sus expediciones, el amanecer solía ser mas duradero. Esta vez no fue así.

Allí no había astros para ver. Aquellas maravillas visuales en las que Ricky se deleitaba desaparecieron. Estaban atrapados en una tormenta de arena. Contra todo pronóstico, el desierto se volvió contra ellos.

Tragó saliva. Se arrellanó en su asiento, no había nada que pudiese hacer. Solo esperar y ser paciente. Se había sacado el sombrero de ala corta y lo estrujaba mientras le daba vueltas. Apoyó la cabeza e intentó serenarse.

Se durmió al cabo de unos minutos. Su conciencia se desvaneció con la conversación de los recién casados frente a él. Las voces se apagaban, amortiguadas por el temporal.

Ahora soñaba. Plácido y placentero, se veía a sí mismo en los brazos de su esposa, Vivian. Estaban ambos sentados en el pequeño muelle del lago

ubicado detrás de su casa. Un par de cañas de pescar aguardaban su presa, tironeadas por la leve brisa matinal. Todo era perfecto.

Pero sobre los árboles, a lo lejos, se asomó algo. Era un hombre, anciano dentro de su traje y corbata. Se sacó el sombrero y le saludó. Él le devolvió el saludo, desconcertado. Algo estaba mal con aquel tipo. Estaba a un par de kilómetros de distancia, al otro lado del lago, pero podía verlo con claridad. Su piel cetrina y gris olivácea se caía de sus facciones, derritiéndose. Su sonrisa no era de bondad, sino de un cinismo y perversión que le encogieron el corazón. Se parecía a él mismo. Dejó de respirar ante su mirada inquisitiva. La oscuridad brotó de aquel hombre y desgarró aquella ilusión, como se derrama la sangre sobre el lienzo de un cuerpo cetrino. Todo comenzó a desmoronarse, un temblor sacudió las aguas del lago y las nubes del cielo.

Se despertó entre gritos.

- ¡Thomas, acelera Thomas! – gritaba Anna.

- ¡Mierda! – gritó él.

- ¿Qué sucede? – preguntó Ricky, aterrado.

El velocímetro marcaba casi los noventa kilómetros por hora. La brújula en la laptop de Anna se descontroló, sus pitidos se volvieron constantes y rápidos, la manecilla que buscaba el norte se encontró errática. El Jeep se tambaleaba y saltaba. Unas vibraciones en la tierra, como terremotos, se sentían a sus espaldas.

- ¡Por el amor de Dios! – gritó Anna.

- ¡¿A dónde estoy yendo?! – gritó Thomas - ¡¿Anna, por Dios, dime ...?!

- ¡No lo sé!

Algo chocó con el vehículo desde el lado derecho. Primero se arrastró por entre las piedras y la arena, llevándoselos puestos. Ricky podría jurar haber visto una sombra. Como si en la lejana tormenta los rayos les quisiesen mostrar lo que les seguía. Algo, largo y puntiagudo, les arremetió con flexibilidad. Vio escamas. Cuando el Jeep salió volando a sus noventa kilómetros por hora, amplificados por la inercia y la gravedad, más la fuerza del choque, Ricky creyó haber llegado a su muerte mientras giraba y giraba en su asiento.

Si había muerto, seguro llegó al infierno.

Se encontraba dado vuelta. El Jeep había aterrizado al revés, por lo que Ricky se encontró con su cabeza apoyada en el techo del mismo y el

cinturón de seguridad a la altura de su pelvis. Su primera sensación fue la de calor. Un calor sofocante, el cual se amplificaba estando dentro del vehículo. Traspiraba a raudales. Sangraba.

Con su cabeza de lado, observó cómo caía la sangre desde su bíceps izquierdo. Su ventana se había partido en mil pedazos con el colapso, por lo que un trozo de cristal se había incrustado en su brazo. Estaba entumecido, flácido, el dolor le escocía. La arena había entrado y se había mezclado con un millar de trocitos de cristal dentro del Jeep. A la vista, no se podría haber distinguido una cosa de la otra.

Gimiendo, hizo esfuerzos sobrehumanos para quitarse el cinturón de seguridad. Este le retenía, por lo que al desplegarse Ricky cayó de súbito sobre su espalda. Su visión borrosa solo consiguió atisbar un mero reflejo a lo lejos, en las arenas. Era una silueta humana, tan negra como la noche. Eso le aterrorizó y le emocionó al mismo tiempo. Significaba ayuda.

Se arrastró para salir por la ventana rota. Algunas astillas quedaron suspendidas en el marco de la misma, por lo que se desgarró la camisa y se cortó a la altura de las costillas. Gruño, pero no le importó el dolor. Lo importante era salir de aquella pesadilla. Pero cuando logró ponerse de pie, aquella persona había desaparecido. Tan pronto como llegó se fue. Ricky, que hasta entonces había sentido temor, comenzó a desesperarse. Las alucinaciones no presagiaban nada bueno.

Parado sobre las arenas, recordó a sus compañeros. Se volvió con un sobresalto, olvidando la tragedia, dispuesto a buscar a sus amigos.

- ¡Thomas! ¡Anna! ¡¿Están ...?!

Perdió la voz. Al arrodillarse ante la ventana del conductor, no había ni rastro de lo que antes eran sus amigos. En el asiento del acompañante había un esqueleto. Humano. Estaba derrumbado de la misma forma que Ricky se derrumbó al quitarse el cinturón de seguridad. Algunos de sus huesos, blancos y pulcros, estaban rotos, astillados o sueltos. La mandíbula contenía casi todas sus piezas dentales, salvo por dos muelas que Anna tuvo que retirarse.

Las alucinaciones no presagian nada bueno.

Ricky se mesó el cabello, estaba perdiendo la cordura. Su respiración se aceleró, sonaba como el inflador de neumáticos que tenía en el campamento.

- No puede ser ... - musitó, parpadeando con locura.

Frente al asiento de conductor se había hecho un boquete en el cristal, del tamaño de una persona. Cuando Ricky se levantó y vio otro esqueleto enterrado en la arena varios metros más allá, comprendió que aquel agujero lo ocasionó Thomas, el cual salió volando en algún momento del desastre.

Rodeó el Jeep y encontró el lado derecho con una abolladura de punta a punta. Era como si un pilar de un metro de diámetro hubiese caído sobre ellos. Un recuerdo fugaz le transportó al instante previo del choque. El desierto oscuro, la tormenta con sus rayos. Aquella cosa que llegó de improviso y los arrastró como si fuesen un auto de juguetes. Se había movido tan grácil como un látigo.

- Oh Dios ... - gimió – Oh Dios, oh Dios, oh Dios ...

Permaneció los siguientes minutos repitiendo esas dos palabras hasta que perdieron el sentido. Vagaba de aquí a allá, con las manos en la cabeza, obligándose a no mirar aquella horripilante escena, ni aquellos esqueletos desparramados sobre las arenas. Tampoco quería alzar la vista, la bastedad del desierto lo había desamparado. En aquel momento, su vida valía tanto como cada grano de arena en aquella inmensidad. Era diminuto, insignificante. Se limitó a mirarse sus botas, pero incluso estas estaban enterradas en la arena. No había escapatoria.

Cerró los ojos, era la única salida. Trató de serenarse. Su pecho golpeaba con fuerza y rapidez, el aire luchaba por salir. Se arrodilló y comenzó a recobrar la respiración. Tardó lo suficiente como para poder mirar el desierto a la cara. Entonces alzó la vista.

El sol reinaba todo. Las arenas tenían su mismo color, como su vivo reflejo, como el mar imita al cielo. Las dunas se movían con movimientos seductores, cual curvas de una mujer. Hasta parecían llamarle, para que se tirase sobre las mismas hasta que el tiempo se acabara.

Tiempo.

¿Tiempo?

- Tiempo – dijo esperanzado.

De pronto, recordó a los esqueletos. Si eran esqueletos, eso suponía que debían haber atravesado siglos desde aquella colisión. Pero ni siquiera estaban las ropas, eran solo eso, huesos. Volvió hacia el asiento del acompañante y miró por la ventanilla. Tirada en el techo del Jeep, estaba la laptop de Anna. Entonces vio una verdadera oportunidad.

Dio la vuelta e intentó abrir la ventana del conductor de una patada. Se arrastró en la abertura y se estiró para tomar el dispositivo. Aquella

cabeza desnuda le miraba apoyada contra el marco de la puerta, como quien mira pasar a los transeúntes por la avenida. ¿Qué tal, hace calor no?, parecía decir. Reprimiendo sus náuseas tomó la laptop y se arrastró hacia afuera.

Todavía agitado, escudriñó el artefacto. Lo abrió e intentó encenderlo, pero no lo consiguió. Seguro las baterías se habían acabado. Desconcertado, lo arrojó al suelo.

Entonces probó con el teléfono celular de Thomas. Estaba en la guantera del centro, detrás de la palanca de cambio. Alzó la pequeña antena e hizo un intento. Tampoco tenía energía.

Si los cuerpos se descomponen de la noche a la mañana, entonces la energía se podría terminar igual de rápido. Rio ante aquella ironía, mientras miraba a sus alrededores con aquel pedazo de hojalata inservible en una mano. Cuando las risas se convirtieron en carcajadas, lo lanzó tan lejos como pudo, irritado.

El teléfono cayó sin hacer ruido. Tal como llegó a la arena se hundió. Ni el sonido existía en aquel condenado lugar.

Decepcionado, escupió sobre sus pies. Su boca y su garganta estaban ya secas. La saliva se evaporó al tocar la arena. La caldera hirviente, la sartén del Diablo. Se volvió caminando con pesadumbre y se sentó sobre el Jeep. La rueda trasera estaba a su lado. Pasados unos segundos el calor del coche le derretía las nalgas y se bajó con sobresalto.

Aterrizó con las manos y rodillas en el suelo. Con los dedos enterrados, comprendió una cosa. Estaba perdido. Definitivamente no había lugar al cual ir. Se levantó a gatas, con su columna de cincuenta años dolorida por todo el esfuerzo, y salió al encuentro de su destino. El desierto seguía tan inerte como siempre. Entonces las arenas se movieron.

Se giró, con la rapidez de un lince. Allí, detrás del Jeep, había movimiento. Una silueta se recortaba entre las ventanas al avanzar, agazapada y sigilosa. ¿Era un animal? Imposible, nada vivía en el desierto. Aquella lógica le aterrorizó.

- ¿H-hola? ¿Anda alguien ahí? – dijo.

Aquella silueta se asomó a un lado del coche. Era un hombre, negro, y portaba un arma. Pero no era un rifle, pistola o escopeta convencional. Parecía una tecnología digna de una película como *Oblivion*, o la *Guerra de las Galaxias*. Además, llevaba una vestimenta ceñida y ajustada, con una fibra suave pero que parecía resistente. No sudaba una sola gota, ni

siquiera en sus brazos descubiertos.

Se mantuvo a distancia, con el ceño fruncido y el arma en ambas manos. Ricky alzó las suyas, mostrándose indefenso.

- Hey, no estoy buscando problemas. Necesito ayuda, he tenido un ...

- Olvídate de él – interrumpió a secas.

Su mirada seguía impertérrita.

- ¿Qué? ¿De qué está hablando? Yo no ...

- ¿Cómo llegaste aquí? – preguntó.

- Como iba a decirte, estaba volviendo a mi campamento en la noche y sufrimos un accidente. Algo nos golpeó en medio de la tormenta y ...

- ¡¿Campamento?! – gritó, alzando el arma y acercándose.

Ricky retrocedió y cayó de espaldas sobre la arena.

- ¿Dónde está? ¿Cuántos son? ¿Cuál es tu misión?

Ricky balbuceaba ante la lluvia de preguntas, no sabía cómo responder a aquello. El cañón del arma estaba a unos centímetros de su pecho.

- ¡Soy arqueólogo! – consiguió decir, estaba al borde de las lágrimas – Estudio fósiles, esqueletos de dinosaurios ... Estaba emplazado en uno de los extremos del desierto del Sahara, teníamos un gran espécimen allí. Pero perdimos el rumbo al volver. Algo nos sacó del camino.

El llanto brotó con timidez, pero algunas gotas se escurrieron por sus mejillas. El hombre se mostró sereno, aún en la misma posición. Tras un momento, apartó el arma con recelo. Tenía una expresión de curiosidad. O de temor.

- ¿Del Sahara dijo?

Ricky asintió con lentitud.

- Si. Intenté establecer comunicación, pero no tengo energía.

- No hay energía aquí. Ni tampoco se encuentra en el Sahara – sentenció.

Ricky tragó saliva. ¿Qué quería decir?

El hombre se humedeció los labios, mirando alrededor, como si algo estuviese mirándolos en aquel preciso instante. Luego le tendió una mano y le ayudó a levantarse.

- ¿Cómo es su nombre? – preguntó.

- Richard, Richard Conrad. Pero todos me dicen Ricky – agregó.

- Muy bien Richard, o Ricky, está metido en un embrollo pesado – dijo, severo.

- ¿Tú crees? – dijo, divertido.

El hombre esbozó una pequeña sonrisa, pero se desvaneció al instante. Ricky ya se sentía un poco mejor. Había pasado su momento de histeria, compartir la palabra con otra persona le devolvió la cordura.

- Tengo una pequeña guarida cerca de aquí. Cuando lleguemos podremos hablar, pero primero tenemos que alcanzarla ¿entendido?

- Sí, señor – dijo Ricky, aliviado.

- De acuerdo.

En su muñeca había un reloj, muy extraño, con luces y dibujos en vez de manecillas. Una especie de radar apareció al tocar uno de sus botones.

- Andamos hacia el este, hacia allá – indicó, echando a caminar.

Ricky se quedó parado viendo cómo se alejaba a paso decidido. Se volteó por instinto hacia el Jeep. Dentro estaban lo que habían sido Thomas y Anna. Pero, con un terrible pesar, comprendió que ya no eran sus amigos.

Una fuerte brisa arrastró su sombrero desde el Jeep hacia afuera. Lo recogió, resignado, y se lo puso. Comenzó a caminar.

Ricky iba varios metros detrás del extraño. Seguía sus pasos a lo largo de las arenas, como migas de pan, los cuales se escondían detrás de la alargada sombra del sol frente a ellos. Se habría desabotonado la camisa, pero sufriría una insolación. Agradeció poder recuperar su sombrero. Sus tobillos estaban rígidos, hacía dos horas que caminaban y no se dijeron una sola palabra. El extraño se volteó un par de veces para corroborar que Ricky seguía allí.

Notaba su deshidratación.

- Hey – dijo.

El extraño misterioso siguió caminando. Le hacía gracia llamarle así, después de todo el tipo era un enigma. Estaban a unos diez metros de distancia. Reconoció que el hombre había aminorado la marcha, era joven y estaba en forma, pero Ricky no había hecho ejercicio desde los años noventa. Habían pasado casi quince años de la última vez que pisó una caminadora. Podría seguir, pero no faltaría tiempo para que decidiera tirarse en la arena y no moverse más. Recordó una vieja novela, *La larga marcha*, que su esposa le había recomendado. Stephen King obligó a sus personajes, adolescentes, a caminar cientos de kilómetros hasta la muerte. Una vez más, la realidad supera a la ficción.

Con ironía, se preguntó quién de los dos caería primero. La respuesta fue fácil, cómica, a decir verdad. ¿Qué haría aquel hombre si sus rodillas perdían la batalla? ¿Le alzaría en los hombros y se lo llevaría? Imposible. Pero aún ante aquella perspectiva, confiaba en él. Era lo único que tenía.

- ¡Oiga! – gritó.

El hombre se detuvo y giró con lentitud. Ricky se detuvo y se puso de cuclillas, descansando.

- Necesito agua – suplicó.

Su compañero no mostró compasión, ni siquiera emoción alguna.

- No tengo. Debemos ir a la guarida – dijo, y siguió caminando.

Ricky suspiró mirando a la nada. No recibiría una sola gota de agua a menos que caminara. Eso era cruel, el desierto lo era. Había veces en las cuales debía obligarse a levantarse de la cama, cuando solo quería quedarse alrededor de las sábanas, tendido. Esa misma sensación le invadió, pero multiplicada por un millón. Si se quedaba allí, no tendría que esforzarse. Moriría, al fin y al cabo. Pero sería lento y horrible. La sartén del diablo. La silueta del hombre era una mancha negra envuelta por el sol que se ponía en el oeste. Querer seguirlo le dio fuerzas, una motivación. Pero fue otra cosa lo que le hizo levantarse con tal rapidez.

- ¡Hey! – gritó.

Comenzó a correr, tratando de alcanzarle. Cuando llegó, el hombre se giró para verlo y se volvió con la misma naturalidad.

- Dijo que íbamos al este ¿correcto?

- Así es – dijo.

- Pero aquel es el oeste ¿lo ve? El sol siempre se pone en el oeste – dijo convencido – Estamos yendo en la dirección contraria.

El hombre siguió caminando y le dirigió una mirada de soslayo. Luego la bajo, como si lamentara sus palabras. Algo se debatía en su interior, su expresión aguda parecía considerar muchas cosas.

- Ya le dije que no estamos en el Sahara.

- ¡¿Entonces, donde carajos estamos?! – gritó Ricky.

Estaba perdiendo la paciencia, pero necesitaba respuestas.

El extraño misterioso se detuvo frente a él. Su rostro se hallaba envuelto en sombras, el sol estaba a unos minutos de ocultarse a sus espaldas. Todo estaba teñido de un naranja rojizo, envuelto en llamas. Para Dios, el día del juicio final seguro terminaba con la desolación total de las ciudades y la civilización. Aquellos quienes perdían su rumbo y se dedicaban a vagar por el mundo como perros que tomaban lo que querían sin responsabilizarse de sus actos eran desterrados a los desiertos. Pasarían semanas para que pagasen. Les estrujaría hasta la última gota.

- Olvide todo lo que sabe – dijo, dando un paso adelante – Usted no está en el Sahara, ni siquiera está en la tierra.

- ¿Q-Qué quiere decir? – preguntó Ricky con horror.

- Ya lo dijo usted. En su planeta el sol se esconde en el Oeste. Pero no aquí, aquí el sol se esconde dónde quiere – sentenció.

Entonces el sol desapareció en el horizonte. Los últimos rayos se volvieron suaves y débiles. Ricky alzó la vista por primera vez y lo que vio fue respuesta suficiente. En el cielo, las estrellas brillaban con nitidez y claridad. Pero la luna, una figura que siempre le agradó, no era la misma que le despidió en la tormenta que le trajo hasta aquí. Era de un color celeste muy suave. Su superficie era diferente, los cráteres formaban una figura desconocida.

Se volvió, con la boca abierta hacia el cielo. Había más. Una se veía aún más grande que la otra, de color rosa. Tenía pequeños satélites girando a su alrededor, una luna que tenía sus propias lunas. Otra, más alejada y pequeña, tenía una forma extraña, como si en su forma esférica se hubiese desprendido un trozo de gran tamaño. Como si hubiese reventado desde dentro.

Ricky estaba maravillado. Pero, en medio de su hipnosis, su corazón se encogió cuando lo comprendió. Tuvo que verlo por sus propios ojos para entenderlo.

Estaba muy lejos de casa.

Habían recorrido, según el extraño misterioso, casi 30 kilómetros. Se había mostrado reticente al principio, evadía las preguntas re Ricky con gran tolerancia. ¿Cuánto falta? Preguntaba cada uno o dos kilómetros. Luego, al comprender que no haría gran diferencia saberlo o no, perdió el interés. Tarde o temprano llegarían, decía el hombre. Pero el destino poco importaba cuando solo se podía caminar. Un paso tras otro.

Entonces vagaron durante toda la noche en silencio. Ricky se mantuvo más cerca de su compañero, aferrado a él como un niño al vestido de su madre. Hacía frío. La sartén del diablo se tornaba gélida al caer el sol. La fluctuación de la temperatura explicaba la escasez de vida. No vio ni un solo escorpión, araña o serpiente. Ningún cactus o raíz seca. Pensar en el oasis era como pensar en Dios. Sus aguas llamaban a los viajeros cansados para sumergirse en el descanso eterno. Su boca estaba seca.

Miraba una foto de su esposa. La tenía guardada en la cartera, junto con sus tarjetas de crédito. Su cabello castaño y su mirada risueña le producía una melancolía tan o más fuerte que el desierto. Según Dante, las profundidades del inferno eran gélidas. Satanás se regodeaba en observar a los penitentes ahogarse en la escarcha, aquella que tan bien les sentaba a sus pies de cabra. En su boca masticaba a los traidores, Judas era prueba de ello.

Guardó la foto, le producía gran tristeza. De su boca el vapor escapaba hacia el cielo. No quería seguir mirando las estrellas, le dolía el cuello. Caminaba abrazado a sí mismo, tiritando. La noche parecía no terminar. Olvido por completo el aspecto del sol o su luz. Allí todo adquiriría un tinte suave y estéril, grisáceo. La arena, sin embargo, parecía resplandecer. Las lunas eran como un faro que guiaba sus pasos. A lo lejos se dejaron ver algunas montañas solitarias. Con esperanza, preguntó si aquellas eran su destino. El hombre asintió con la cabeza, devolviéndole el alma al cuerpo. Siguió caminando.

Al cabo de un tiempo, el sol asomó por el norte. Aquel hombre tenía razón, el astro hacía lo que quería. Si de verdad no estaba en la Tierra, entonces aquel planeta en el que se hallaba no correspondía en nada a las configuraciones naturales que conocía. Una vez más, se hallaba desolado. Mientras la aurora despuntaba, comenzó a acercarse hacia su compañero. Este le había sacado un gran trecho sin que se diera cuenta. En sus talones se formaron un par de ampollas, sus tobillos ya le dolían, estaban

entumecidos.

A las horas, llegó a su lado. Las montañas estaban ya encima de ellos.

- ¿Cómo es tu nombre? – preguntó Ricky.

Aquella incógnita pareció sorprenderle al extraño.

- ¿Por qué quieres saberlo?

- ¿Porqué? Porque he caminado contigo durante kilómetros, por eso. Además, estoy varado en un planeta desconocido y la única persona que está aquí eres tú – dijo irónico.

- No te lo diré – dijo a secas.

Eso exasperó a Ricky, pero no dijo nada al respecto.

- Te sacaré de aquí.

- ¿Lo dices en serio? – preguntó.

- Si.

Ricky se detuvo.

- ¿Lo prometes?

El extraño se detuvo frente a él.

- No puedo prometerlo, pero haré lo que pueda.

- Tengo una esposa en casa que me espera, amigo mío – espetó
-¿Comprendes?

Él asintió. Ricky observó que no sudaba una sola gota. Él estaba empapado.

- Bien ... ¿Cómo harás eso?

Las arenas se movieron. Detrás de ellos, todo el desierto comenzó a bailar con lentitud. Las dunas se arrastraban de un lado a otro, sinuosas y sigilosas.

- ¡Corre! – gritó el hombre.

Asió a Ricky por una manga y le arrastró, echando a correr. Ricky no protestó y movió sus cansadas piernas tan rápido como pudo. Detrás, algo

parecía observarle. Era una presencia tan natural como el sol, el cual ya hacía ascuas sobre ellos. El sonido de las arenas se asemejaba a las olas de los mares, como si se arrastraran por una corriente. Algo las arrastraba.

Llegaron a la base de la montaña y comenzaron a subir por sus rocosas pendientes. Saltaban de piedra a piedra. Ricky se quedó atrás, el esfuerzo del viaje menguó sus fuerzas. Resbaló y se tropezó. Su pierna quedó atorada entre dos grandes rocas. No podía sacarla, gruñía aterrado ante el sonido de aquel depredador. El hombre se volvió, maldiciendo, y le asió por entre ambas axilas. Juntos tiraron y Ricky aterrizó encima suyo.

- Gracias – dijo, gimiendo.

Pero frente a ellos, la amenaza se alzó de pronto. Una criatura de inmensas proporciones salió desde la arena, reptando con gracia. Era fácil perderse en aquellos ojos oscuros. Su piel escamosa empezó a desgastar la roca. El color grisáceo y mortecino se confundía con las arenas. Una lengua partida al medio salió silbando. Ricky podría jurar que fue petrificado.

- No mueva un pelo – susurró su compañero.

La bestia parecía torpe, intentado encontrarles. Sus ojos negros tenían una delgada línea como pupila. Ricky frunció el cejo, advirtiendo que no se abalanzaba sobre ellos. Movía la cabeza de lado a lado, su lengua se agitaba con locura. Solo una pequeña parte de su cuerpo había salido a la superficie. El extraño misterioso le había tapado la boca durante aquel minuto interminable. No lo sintió. El tamborileo incesante de su corazón ofuscó todas sus demás sensaciones.

Para su sorpresa, la bestia perdió el interés. Con suavidad se volvió a arrastrar hacia atrás, tal y como vino. Luego de un interminable silencio, el hombre se levantó y ayudó a Ricky a ponerse de pie. Le dolía el tobillo derecho, el mismo que se había enganchado. No lo había notado hasta ahora.

- Venga, abuelo – dijo él, asiéndole por el brazo.

Con ayuda, llegó arriba de la cuesta y encontraron un hueco en la montaña. Se adentraron, todo se volvió oscuro. Su compañero encendió una linterna adherida a su arma. Fueron tanteando el terreno.

- Por aquí – le indicó.

Señaló una de las vertientes de la cueva, hacia la derecha. Era alta, cabían sin problemas. En algunas partes se podían apreciar que las paredes brillaban, como pequeñas grietas que resaltaban a la luz de la

linterna.

Llegaron a un final en picada. Una polea yacía clavada al techo y una soga caía hacia el vacío. El hombre le dejó apoyado a una pared y empezó a atraerla. Un arnés llegó por fin hacia él.

- Ah no – suspiró Ricky.

- ¿Quiere agua?

Se lo pensó.

- ¿Tengo que bajar allí para conseguirla?

- Estamos en un desierto.

Se lamió los labios. Los tenía tan secos que comenzaron a agrietarse. No quedaba alternativa. Nunca hubiese imaginado que aquello sería su refugio. Teniendo en cuenta las circunstancias, no había mucho para elegir.

- Bien.

En unos minutos el arnés rodeaba su cintura y sus muslos. Se sintió como un bebe en una caminadora, pero estaba bastante cómodo. El sistema era sencillo, el más simple que el extraño misterioso pudo idear. Una polea atada a otra de un extremo a otro. Solo debía lanzarse y estas girarían con lentitud. No vería como eso era posible.

- ¿Esta listo, abuelo?

- Espera, chico – espetó, nervioso.

Estaba nervioso. Parado frente al agujero, se agarraba a la soga mientras miraba hacia abajo con los pies en el filo del abismo. Unas piedras cayeron y tardaron varios segundos en tocar el fondo. Tragó saliva.

- Solo lo está empeorando – dijo a sus espaldas.

- Ya lo sé ¿Quieres tener un poco de paciencia?

- Solo respire profundo y láncese. Ya se lo dije, caerá lento. No tendrá que hacer absolutamente nada. Confíe en mí.

Se aferró aún más fuerte a la soga. Se ajustó el sombrero, no quería perderlo. Hacía un calor horrible allí dentro. Las gotas caían por su mejilla como lágrimas, se ceñían a la comisura de los labios con un sabor salado.

Necesitaba agua, la sartén del diablo le estaba cociendo.

Respiró profundo y se lanzó. La sensación de vértigo fue fatal, tuvo que cerrar los ojos al sentir la caída. Pero esta fue lenta. A medida que el rechinar de la polea le hacía bajar, su sensación de vértigo y desequilibrio se desvaneció. No se veía los pies, pero estos se balanceaban al descender. Podía ver una luz allá abajo.

- ¿Cómo va, abuelo? – la voz se oyó amplificada por el eco.

- Por ahora voy bien – dijo, con voz temblorosa.

- Avíseme cuando llegue.

Juró escuchar una pequeña risilla. El hijo de puta lo estaba disfrutando, pero a Ricky no le hacía puta gracia. La luz a lo lejos se acercaba con una lentitud pavorosa. Sentía una extraña sensación, algo que había olvidado por completo en los meses de expedición, ni hablar de ese día y noche interminables vagando por el desierto. Humedad. Además, estaba bastante frío allí abajo, aunque no tanto como la noche en la superficie. Descubrió que la luz a sus pies era una hoguera que chisporroteaba cada vez más cerca.

En efecto, se olía en el ambiente. Además, un sonido. Corrientes de agua. Las glándulas de Ricky segregaron saliva al instante, lo cual le dio aún más ansiedad. Podría asegurar que se trató de un espejismo, una alucinación.

Entonces la caverna se abrió ante él. Lo que era una caída en vertical se expandió a un gran recinto. En el centro había un gran charco iluminado por unas extrañas algas que le daban un color espectral y celestino. Una corriente de agua caía con estrépito sobre el mismo. A su alrededor había una serie de equipos de extraña índole, pero Ricky apenas les prestó atención.

Al tocar el suelo se sacó el arnés y se precipitó a beber. Como un poseso caminó y se arrodilló. Metió las manos en el agua, estaba fresca. Pero no se atrevió a tomarla. ¿Y si estaba contaminada? ¿Y si no era dulce? Si estaba turbia podría contraer una seria infección por ingestión. Por lo que se levantó, frustrado, y volvió hacia el arnés.

- ¡Hey, ya estoy aquí! – dijo, tironeando de la soga.

En unos segundos el arnés empezó a subir devuelta. La espera se hacía larga, con aquel oasis ante él, pero no se arriesgaría. Se limitó a entretenerse con el campamento montado por su compañero. Cerca de la hoguera había un doble saco de dormir. Alrededor yacían varias cajas de gran tamaño, de color verde y con unas telas negras sobre ellas. Unas

computadoras estaban encendidas, conectadas a lo que parecía un generador. Este estaba en un extremo del charco, conectado a su vez a una especie de molino que giraba con la corriente.

- Desde luego es ingenioso – dijo para sí.

- Gracias – se oyó detrás.

Al volverse, Ricky encontró al extraño misterioso descendiendo con rapidez, debido a que era más grande y más pesado.

- ¿Montaste todo esto solo? – preguntó.

- Así es.

Ricky, que estaba cansado y agotado, miró las bolsas de dormir a un lado de la fogata con ganas de tirarse y morir allí.

- ¿El agua se puede beber?

- Por supuesto.

- ¿No está contaminada ni nada por el estilo?

- No, hice los análisis y he bebido de ella. Es segura.

Ricky se agachó y sumergió ambas manos. Era deliciosa. Bebió todo lo que sus manos podían recabar de una sola vez. Bebió una vez más. Al cabo de un rato, el extraño misterioso le alcanzó una cantimplora hecha con una seda elástica y flexible. La llenó y la bebió entera. La volvió a llenar y se lavó la cara y el pelo. Se levantó y se fue hacia la cama de acampar. Se metió en ella, con el calor de la fogata a un lado, y cerró los ojos con placidez. Al minuto se quedó dormido. El extraño le dejó descansar.

No supo identificarlo con seguridad, pero, en medio de su descanso, abrió los ojos. Se había despertado en la oscuridad. La fogata se había apagado. En medio de las sombras, el extraño misterioso estaba sentado con ambos codos sobre las rodillas. Miraba a suelo. Su cara, iluminada por la tenue y lejana luz del estanque, estaba tensa. Lo vio preocupado.

Quiso levantarse, pero algo lo detuvo. Estaba tan agotado, no podía hacer más esfuerzos. Tenía que seguir durmiendo. Creyó que era un sueño, que aquella vaga silueta era tan solo una sombra más. Así que volvió a desvanecerse. Pero antes, en el instante previo a cerrar sus ojos, compartieron una mirada. Pudo distinguir aquel vacío en sus ojos del resto de la oscuridad, el cual reflectaba las luces acuáticas como un espejo, un mero reflejo. Había miedo allí dentro. Ricky sintió piedad de él. Apoyó la

cabeza con lentitud y se quedó dormido.

Al despertar, creyó estar solo. Se irguió con sus piernas dentro de la bolsa de dormir, buscando al extraño misterioso en los alrededores. La fogata estaba encendida.

- Estoy aquí – se oyó.

Ricky se levantó. Estaba como nuevo. Estiró su espalda y sus brazos. A pesar de la bolsa, el suelo resultaba incómodo para dormir, demasiado escarpado. Su tobillo le dolía menos, aunque seguía molestando. Lo encontró sobre el generador. Mientras Ricky se agachaba para recoger algo más de agua, este lo apagó. Las pantallas se volvieron negras. Solo se oía el sonido del arroyo.

- ¿Qué haces? – preguntó Ricky.

- Nos vamos.

Dijo esto mientras abría una de las cajas y se estiraba hacia el fondo. Sacó unos pequeños paquetes sellados al vacío.

- ¿Dónde?

- Tu a casa.

Sacó una navaja y abrió los paquetes. Puso su contenido dentro de un recipiente metálico, como una olla, y lo llenó con agua. Lo puso sobre el fuego y comenzó a revolver. Ricky intuyó que era comida y al cabo de un rato un aroma le dio la razón. Su estómago gruñó, hacía más de dos días que no comía nada. Se acercó a la fogata y esperó junto al extraño misterioso.

Este revolvía el contenido con paciencia, absorto en el movimiento del agua en espiral.

- ¿Qué es eso? – preguntó Ricky.

Le ponía nervioso hablarle, sentía estar interrumpiendo con algo importante que se debatía en el interior del hombre.

- Una serie de plantas hidratantes y carne alta en carbohidratos.

- ¿Plantas?

- Si te digo el nombre, no las reconocerías.

Habría preguntado porque, pero la respuesta era clara. No eran de la tierra.

- ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Ya lo has hecho.

Ricky rio.

- Lamento ser un pesado, pero ya sabes mi situación.

- Si, entiendo – asintió él.

- ¿Qué estoy haciendo aquí? – suspiró.

El extraño misterioso se contagió del suspiro. Seguía revolviendo la comida, el ceño igual de fruncido que aquella noche. Si es que no era un sueño. Sacó otro contenedor y dividió la comida. Olía bien, a Ricky le hizo recordar los estofados de su abuela, aquellos que comían en familia. La mesa no alcanzaba para los quince primos que eran. Buenos recuerdos.

- No debería revelarte esa información – dijo al fin -, pero teniendo en cuenta las circunstancias, no creó que las recuerdes.

Estaban frente a frente, fogata de por medio, compartiendo el almuerzo o cena, lo que fuera. A esto se le llamaba intimar, aquel hombre no parecía haberlo hecho nunca.

- Dudo que no lo recuerde ¿Tienes familia? – preguntó.

Se llevó la cuchara a la boca. Estaba rico, sin dudas le hacía falta sal, pero era demasiado pedir para comida preparada para soportar el paso del tiempo.

- No. Desde que nací he sido entrenado.

- ¿Para qué?

- Cazar. Soy un cazador.

Un cazador. Interesante. ¿Pero que podría cazar en un desierto? La única criatura viva que se había cruzado fue aquel mounstro que emergió desde las arenas.

- Espera ... ¿pretendes cazar ... eso? – dijo, señalando con el pulgar hacia arriba.

- Eso – señaló él a su vez – fue lo que te trajo hasta aquí.

Ricky, contrariado, evocó los recuerdos del choque. Una tormenta sin precedentes ni avisos previos. Rayos a lo lejos. Una silueta larga y afilada. Flexible. Como una serpiente.

- Oh Dios – musitó.

- Eso es para lo que estoy aquí – dijo – Mi civilización llama a estas criaturas Monolíticos. Vagan de planeta en planeta, buscando un ecosistema para anidar. Algunas buscan climas áridos, como este, otras necesitan humedad, otras habitan los cielos. Pero todas comparten la peculiaridad de hacer estos saltos espacio-temporales y llevarse todo con ellos.

- La tormenta ...

- Exacto. Pocas veces ha visto una tormenta en el desierto ¿verdad?

- Ninguna de tal magnitud.

Siguieron comiendo en silencio. Fue una comida ligera, pero nutritiva. Ricky se sentía mucho mejor. Volvió a tomar agua.

- Entonces ¿Cómo haremos esto?

- He estado siguiendo a este espécimen durante mucho tiempo. Hay pocos de ellos. Pero es vital que dejen de causar estragos. Si no peligran la existencia de mi civilización. Y de la tuya también. Tu planeta tiene suerte de que te hayas topado con ella, se habría apoderado del Sahara de no ser por tu presencia. Eso le molesto – dejó su plato sobre el suelo – Estamos acorralados. Le gusta hacer eso, es un juego que puede ganar con facilidad. Ahora mismo somos la presa para ella, siempre lo hemos sido. Nos ha rastreado desde incontables kilómetros. Pero podemos utilizar eso a nuestro favor.

- El cazador se convierte en presa – musitó Ricky.

- Ese es el arte de la guerra – agregó él.

- Sun Tzu.

Ambos sonrieron. Aún después de incontables siglos, la literatura permanece en aquel hueco inexorable que ocupa la reflexión y la metafísica. Una necesidad tan preciada como la supervivencia. Aunque aquel tratado de guerra se puede considerar como un texto histórico y didáctico, para ambos constituyó un punto de unión que comunicaba

ambos mundos.

- Entonces ... dices que no recordaré nada de todo esto.
- Dependiendo de la gravedad de tu accidente, recordarás más o menos. Por lo visto fue grave, así que no te hagas muchas ilusiones.
- ¿Estoy vivo, siquiera?
- Si estas vivo aquí, estas vivo allí. Lo lamento, pero no puedo decir lo mismo de tus amigos.

Lo había olvidado. Thomas y Anna se habían reducido a huesos. No quería preguntar el porqué. Todo se hallaba tan difuso, que preguntar no valdría para nada. No lo recordaría. Pero, aunque la realidad se mostrase cruel y confusa, anhelaba regresar.

- Hagámoslo.
- Bien – se paró – Ella anda por allí, dando vueltas alrededor de esta montaña, esperando a un mínimo movimiento en las arenas. Vamos a tener que atraerla. Yo la provocaré, la forzaré a recrear esa tormenta otra vez, es la única vía por la cual puedas volver.
- Pero, si es capaz de atravesar todos los planetas que quiere, no podemos estar seguros de que volveré a la tierra.
- Tienes razón, no estoy seguro de ello, pero estoy seguro de que no tenemos manera de crear un portal semejante.
- Tampoco tengo muchas alternativas – concedió Ricky.
- Además ...

El extraño misterioso calló.

- ¿Qué sucede?
- No lo sé ... es extraño. Siento una certidumbre con respecto a ello. Volverás, por algún motivo viniste, y creo que has cumplido con tu objetivo.
- Espera, espera ...
- Hace años – interrumpió – en mi primera etapa de entrenamiento, los altos mandos, quienes poseen atisbos de lo que antes de denominaba “destino”, me dijeron esto: “En una de tus muchas cruzadas, te

encontrarás con quien ponga a prueba tu voluntad. Has de decidir” ...

Ricky no dijo nada. El extraño misterioso desvió la mirada, parecía reprimir una profunda tristeza. Cuando se volvió, se hallaba decidido.

- Cuando veas la señal roja, correrás hacia ella.

Se volvió, tomó su arma y se subió una mochila al hombro. Ricky le siguió, acongojado, sus piernas temblaban. El extraño misterioso le esperó a un lado de la soga. A diferencia de él, Ricky no tenía fuerzas para sujetarse a ellas. Estaba aterrado. Hizo excesivos esfuerzos para ponerse el arnés, esfuerzos físicos derivados a un esfuerzo mental que nunca conoció. Sentía ir directo a una muerte segura.

- No puedo – dijo.

Las poleas tenían a su vez un motor que le elevarían. El extraño no pulsó el interruptor cuando le oyó, se limitó a acercarse.

- Lo siento – gimió Ricky – No puedo ir allá fuera, no ...

- Mi nombre es Ray.

Las náuseas que Ricky sentía se desvanecieron. La convicción de Ray, antes llamado extraño misterioso, le aportaron seguridad. Estaba plantado frente a él, con el corazón en la mano.

- Me llamo Ray – exclamó – Tu no harás más que irte de aquí, Ricky. Yo te sacaré. Es mi trabajo. Para eso he sido entrenado e incluso concebido ¿entiendes?

Ricky, quien traspiraba a raudales, asintió con lentitud. Ray pulsó el botón y Ricky comenzó a subir. Una vez atravesado el hado oscuro de la caverna llegó hacia arriba y se encaminó hacia afuera. Era de noche. Las estrellas y las lunas eran hermosas. Se quedó pasmado al verlas por segunda vez, tanto que no advirtió que Ray había llegado a su lado. El desierto estaba helado. El viento soplaba solemne. Algo había allí fuera.

Ray se detuvo junto a Ricky y juntos compartieron un último silencio juntos, mientras contemplaban lo que eran para ellos tierras inhóspitas, pero que les unieron como a dos hermanos separados por el tiempo. Ese tipo de situaciones que las personas compartían creaban lazos inseparables. Y Ricky sabía, viéndole a la cara, que no importarían los años luz o eones de distancia que les separasen, ni el paso inexorable del tiempo. Seguirían unidos.

- Ha sido un gusto, Ray – dijo extendiendo su mano.

Ray se volteó a verlo. Aquel gesto le fue ajeno, pero a pesar de ello sonrió y estrechó su mano con fuerza, como si fuese una costumbre familiar.

- Quédate aquí, hasta la señal roja – dijo.

Se fue saltando entre las piedras. Una vez llegó al desierto, empezó a caminar hacia la nada. El viento empezó a soplar aún más fuerte. Pasados unos cuantos minutos llegó a la cima de una de las dunas. Entonces las arenas se movieron.

Ray se tambaleó. Como un dragón, la criatura emergió de las profundidades desérticas. Envolvió a Ray como una serpiente haría con su presa. Su piel, aunque lejos, parecía blindada. Ricky temió por él, era imposible domar aquella fiera. Soltaba un aliento profundo que tumbaría un bosque entero. Era el amo y señor de aquella oscuridad.

Como un pulso, un haz de luz hizo retroceder a la bestia cuando rozó contra su lomo. Esta se revolvió hacia atrás, dolorida, sacando todo su cuerpo a la superficie. A lo lejos, Ricky presenció cómo esta descubría unas patas con garras afiladas. Las alas ocuparon todo el cielo, tan blancas como la luna. Gruño, levantando una nube de polvo que por poco arrastra a Ray, aturdiéndolo. Este clavó sus botas en la arena, aguantando ante la acometida. Tenía solo dos dientes, largos y afilados.

Ray volvió a disparar. Esta vez le dio de lleno en su pecho. Revolvió las alas y la cola, provocando estruendo en el suelo. Ricky se adelantó, sentía que la hora llegaba. De la zona de impacto se desplegaron unas cadenas luminiscentes que envolvieron a la bestia, quien se debatía sin resultados. Entonces el viento empezó a soplar más y más, a medida que se enfurecía. En un minuto los cielos desaparecieron, unas oscuras nubes lo cubrieron. Los rayos caían como látigos, explotando contra el suelo.

Ray disparó algo hacia las nubes. Una señal roja, una especie de bengala. Ricky corrió. Apresurándose, saltó el último tramo de rocas y se precipitó hacia Ray. Corrió lo más rápido que pudo, entre rayos y gritos coléricos que desgarraban los oídos. El Monolítico sería capturado. Provocaría la tormenta para intentar escapar.

Estaba cada vez más cerca. La lluvia cayó con estrépito, empapándolo al instante. Aquel monstruo se agitaba con locura, intentando romper su cárcel. Se descontroló a tal punto que uno de los rayos le golpeó en un costado. Unas esquirlas de su piel volaron por los aires. Algunas llegaron cerca de Ricky, el cual levantó un pequeño trozo que cabía dentro de su mano. Parecía un material semejante a la queratina, muy familiar. Sin

saber porque, en un instante de lucidez, se lo guardó en un bolsillo.

Entonces la bestia calló y los rayos cesaron. Hubo un momento de silencio, en el cual las nubes se arremolinaban sobre la cabeza del Monolítico.

- Es la hora – susurró Ricky.

Se apresuró a alcanzar a la bestia. Corrió, resbalando un par de veces en la arena. Los rayos se congregaron sobre su creadora y en un parpadeo golpearon la superficie entre los tres. Ricky salió despedido hacia atrás por la explosión. En medio del aire, Ricky pudo atisbar la silueta de Ray, quien seguía anclado al suelo. Ricky permaneció girando por unos segundos que parecieron infinitos.

Entonces, se percató de que no caía. Abrió los ojos con tranquilidad y se halló en una especie de vórtice. Un color indefinible, como si fuese la tonalidad definitiva, creaba un tubo interminable pero imperceptible. Era espectral. Un fractal, en el cual Ricky se sumergía y se sumergía, rápido y lento. Lo veía todo borroso, estaba perdiendo la consciencia. Recordó su choque, aquel que le trajo hasta allí, pero era un recuerdo ya lejano. Su identidad lo era, la realidad lo era. La nada y el todo. Siguió cayendo infinitamente.

Se despertó. Le dolía el brazo izquierdo. El derecho también. Le dolía todo el cuerpo. Abrió los ojos con pereza. El cielo raso era blanco. Se hallaba tumbado boca arriba. Una maquina sonaba haciendo pitidos a intervalos constantes a su lado. Estaba aturdido. Tenía sed. Algo en la nariz, muy molesto, le sedaba. Giró el cuello, con lentitud. Su esposa estaba sentada en un sillón a un lado, su cabello descansaba sobre su cara, pero aun así pudo detectar que estaba cansada. En sus manos yacía un libro raído y viejo, que Ricky conocía muy bien. *El valle del terror*. Vivian leía a Doyle en momentos especiales. Se desconectaba del mundo y se sumergía en los relatos detectivescos. Una lagrima corría por su mejilla, detrás de los lentes, cayendo sobre las páginas.

Volvió a voltear la vista al frente, con gran esfuerzo. Estaba acostado en una camilla, en una habitación de hospital. Tenía un respirador en ambas fosas nasales. El suero descansaba a su derecha, inyectado en su brazo. La izquierda estaba vendada donde se clavó el cristal. Tenía varias heridas menores en ambos brazos y, a juzgar por el ardor, piernas. Le dolía mucho la cabeza, la sentía entumecida. Intentó mover los dedos de la mano. Se movían ambos. Los dedos de los pies. Las sábanas blancas formaron un pequeño bulto. También. Era suficiente respuesta, no había perdido respuesta en los miembros. Vivian no se percató de aquel lento y minucioso proceso.

Se volvió para verla una vez más. Estaba preciosa, aún con sus ojeras y esas nuevas arrugas. Aun llorando. Nunca le gustó verla llorar.

- Hey – suspiró.

Ella levantó la vista del libro, creyendo oír algo. No hizo caso, siguió leyendo. Ricky tragó saliva, tendría que hacer un mayor esfuerzo.

- Si no contestas te lo quemaré.

Se sobresaltó. Lanzó un grito y el libro voló por el aire, cayendo a los pies de Ricky. Estaba pasmada, con las manos en la boca y los ojos como platos. Permaneció unos segundos en aquella posición.

- Hola – dijo él, sonriendo.

- ¡Ricky! – gritó.

Se abalanzó hacia él, llorando. Al instante se vio invadido por sus besos y caricias. Se dejó abrazar, era lo que más le gustaba de su esposa. Entre sus brazos, sabía con toda seguridad, estaba su hogar.

- ¿Cuánto tiempo? – preguntó Ricky.

- Cinco semanas – dijo el doctor.

Tenía cara amigable. Era alto y un poco regordete, comenzaba a quedarse calvo, pero no parecía verlo. O admitirlo. Era temprano por la mañana, Ricky decidió descansar una vez que se encontró con su esposa, el médico, luego de una revisión previa que salió bien, le permitió hacerlo.

Hacía cinco semanas que permanecía en un coma.

- Sufrió una contusión cerebral, un traumatismo – dijo el médico – Esa fue la lesión más severa, tendrá dolores en el cuello y en la nuca. Su brazo izquierdo esta sanando perfectamente y lo demás son solo rasguños. Ha sido muy afortunado Sr. Conrad.

Vivian sonreía a un lado, tomándole la mano.

- ¿Cómo me lograron sacar de allí? – preguntó.

- Anna avisó al campamento que estaban regresando – dijo Vivian – Siempre se ahorraba esa formalidad, pero esta vez, vaya a saber Dios porqué, les llamó. Cuando vieron la tormenta, y que ustedes no llegaban, decidieron enviar el equipo de rescate.

Gracias, Dios. O, mejor dicho, gracias, Anna.

- Thomas y Anna ... ¿ellos están ...?

El rostro del doctor se ensombreció.

- Perdieron la vida en el acto. Lo lamento.

Ricky ya se esperaba esa respuesta, como si ya la supiese.

- Gracias, doctor – dijo Ricky.

- Estoy para lo que necesiten – y se marchó.

Se acostó. Estaba agotado. Quien diría que permanecer postrado durante más de un mes podría sacarte las energías. Su boca pastosa pedía a gritos un filete. Y agua. Mucha agua.

A los días le dieron el alta. Salía por el hospital en silla de ruedas, Vivian le estaba empujando fuera. Sus amigos le habían esperado a la salida. A un lado se alzaban unos globos con formas de corazón y frases cariñosas, regalos de las amigas de Vivian. Cuando pisó la acera se vio envuelto en vítores y aplausos. Sus viejos amigos del barrio, la escuela y la universidad se habían congregado allí. Se sintió cálido y reconfortante. Estaba en casa.

Pero cuando las puertas automáticas se abrieron, sintió algo extraño. El mundo era magnífico. Sus árboles, el cielo azul despejado de verano, la gente que iba y venía caminando con tranquilidad. Sabía que aquello era familiar para él, su mente lo comprendía. “Estuve un mes sin existir, prácticamente”, se dijo. Todo le pareció muy lejano en aquel entonces, durante el coma. Como si hubiese habitado otro lugar, lejano e inhóspito.

Antes de salir, se puso sus efectos personales. Vivian le había traído ropa nueva, pero el hospital había conservado la que llevaba en el accidente, en una bolsa. Cuando se subió al asiento del acompañante para ir a casa, revisó por curiosidad su contenido. Allí estaba su sombrero. No había sufrido un solo rasguño, por fortuna. Sus botas seguían igual de gastadas. Su pantalón tenía un extraño bulto. Tanteó el bolsillo y extrajo algo.

Parecía una roca, pero al mirarla detenidamente reconoció algo escamoso, de color grisáceo y brillante. Reflectaba el sol que se colaba por la ventana. Era pesado y duro.

- ¿Qué es eso? – preguntó Vivian, quien estaba al volante.

- No lo sé ...

No tenía recuerdos de las últimas semanas. Solo dos. El primero, el momento en que la lejana tormenta y sus rayos caían en el accidente. El segundo, una explosión que le hizo volar hacia atrás. Y una silueta. Era un hombre, un joven, que le parecía muy conocido aún en la borrosidad de su recuerdo. No sabía su nombre. Le hubiese encantado conocerlo.